



EL DUENDE VERDE

Joan Manuel Gisbert

EL TALISMÁN
DEL
ADRIÁTICO

Ilustración: Miguel Navia

Q U E R I D O L E C T O R

Este libro te abre sus páginas para que puedas entrar en todos sus acontecimientos y espacios.

Va a empezar una noche muy distinta a casi todas las demás. Los antiguos bosques de Croacia se convertirán en el más peligroso lugar del continente.

Al leer las primeras escenas, seguramente te preguntarás por qué Matías, un muchacho de pasado misterioso acogido en un monasterio, acepta de buenas a primeras, casi a ciegas, llevar a cabo una misión secreta, rodeada de graves incertidumbres.

La vaga promesa de una dudosa recompensa no basta, ni de lejos, para explicarlo. Y Matías no es un chico

inconsciente ni alocado. Es muy capaz de reflexionar y analizar. Pero acepta la inquietante misión como si hubiese estado esperando que alguien le hiciera una propuesta extraña y arriesgada.

Nadie lo sabe, pero Matías esconde un secreto en su sangre y en su pensamiento. Es su fuerza oculta, su esperanza.

Pero nunca hubiese podido imaginar lo que realmente le espera, lo que va a vivir a lo largo de la noche.

Y ahora tú, querido lector o lectora, vas a acompañarlo en su extraordinaria aventura. Confío en ti.

Buen viaje y hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, consisting of several overlapping loops and a long horizontal stroke extending to the right.

1

EN el atardecer de uno de los últimos días de la primavera del año 1498, llegó al monasterio benedictino de Upla, en Croacia, un jinete embozado. Ante la puerta del recinto solicitó ser recibido por el abad, aduciendo motivos urgentes que no podía detallar.

Josip Maros, el anciano abad, aunque turbado y molesto por la intemperancia del desconocido, accedió a recibirlo para averiguar qué asunto lo traía y no dar ocasión a un altercado.

En cuanto estuvieron los dos hombres a solas en la desnudez del locutorio, el visitante se descubrió el rostro y le preguntó al abad, mostrándose ante él:

—¿Me reconocéis? ¿Sabéis quién soy y cuál es mi cargo en el condado?

No sin sorpresa, Josip Maros identificó al caballero. Solo lo había visto en una ocasión, pero le bastaba.

—Sí, os reconozco. Sois el doctor Kelemen, médico personal del conde Váltor, señor temporal de estos dominios. Pero no acierto a adivinar el motivo de vuestra inesperada visita. ¿Acaso el conde está enfermo?

—Su salud no despierta inquietudes. El motivo es otro. Debo deciros ante todo que lo que he venido a tratar con vos es altamente secreto.

Con creciente incomodidad, el viejo abad murmuró:

—Os escucho, doctor Kelemen. Tenéis mi discreción asegurada.

—¿Hay en el monasterio algún joven novicio, de aspecto desmañado y campesino, pero no carente de valor y astucia, que pueda llevar a cabo una misión del mayor interés para el conde Váltor?

Josip Maros movió las manos con preocupación y preguntó:

—¿En qué consistiría la misión?

—En transportar una mercancía secreta a través del condado.

—¿Y para un transporte secreto y de importancia necesitáis a un simple joven astuto de aspecto desmañado? No parece lo más idóneo.

—Precisamente lo es.

—¿Me ayudáis a comprender por qué?

—El pequeño cargamento estará más seguro bajo la custodia de un muchacho de aspecto anodino, de quien nadie sospechará nada, que entre una escolta de soldados. Un grupo de hombres armados puede ser reducido por otro mayor, o más audaz, o que actúe por sorpresa, y a su paso atrae la atención y despierta recelos. Y es de vital interés que el transporte de esa carga se haga de manera totalmente disimulada.

—Solo si me aseguráis que no correrá ningún peligro grave.

—Su trabajo será conducir la carreta. Todo lo restante quedará a nuestro cargo. Tenemos los suficientes hombres emboscados. Veamos ya al muchacho.

El abad tiró de un cordón que pendía junto a uno de los muros. Kelemen se cubrió otra vez con el embozo. Al poco rato, entró en el locutorio un monje aún más anciano que el abad. Josip Maros le murmuró algo al oído.

Keleman paseaba impaciente por la estancia. Sus pisadas resonaban en la bóveda. La penumbra era cada vez mayor: oscurecía.



3

EN silenciosa comitiva, los tres pasaron sin ser vistos por el claustro, ya en penumbra. Después atravesaron la tahona, solitaria a aquella hora, y la cocina de los monjes, desierta también.

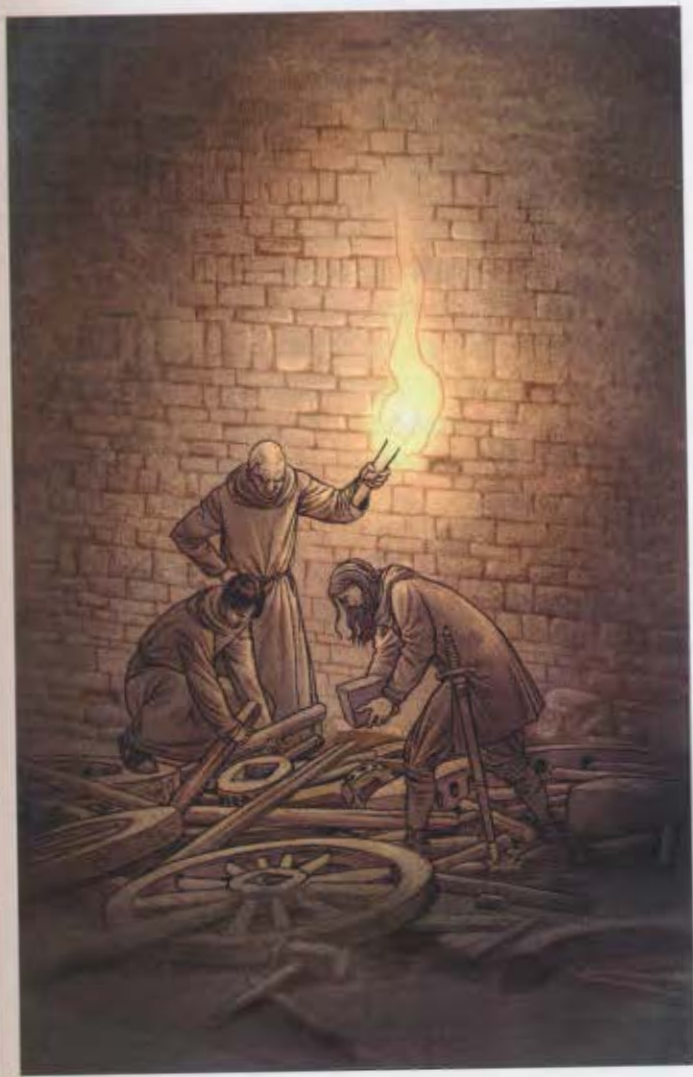
Continuaron por largos corredores, siguiendo un intrincado itinerario. El abad procuraba, guiándolos, evitar encuentros inoportunos con miembros de la comunidad. Lo consiguió. Llegaron al establo indicado sin que nadie sorprendiera su recorrido por el recinto monacal.

Aquella dependencia era el lugar más adecuado para preparar un viaje repentino. Uno de sus portones daba casi directamente al exterior, a través de un patio.

El abad propuso encender un par de antorchas grandes, pero Kelemen declinó el ofrecimiento.

—Una simple tea bastará —dijo, disponiéndose a encenderla—. Hay que evitar resplandores que puedan ser vistos.

—Pero, mañana, Matías será echado de menos —opuso el abad, sintiéndose amparado por aquel argumento—. No hay modo de evitarlo.



5

LLEVANDO la carreta por los senderos del bosque, Matías recordaba las últimas instrucciones que a solas le había dado Kelemen: «Tu primer objetivo será alejarte del monasterio, hacia el oeste, tan deprisa como puedas. No permitas que te venza el cansancio ni descanses antes del alba y, aun entonces, el menor tiempo posible. Cuanto más lejos llegues sin detenerte, más segura estará la carga».

Había avanzado ya un buen trecho sin otro contratiempo que el atasco de las ruedas en una revuelta donde las lluvias habían reblandecido la tierra del camino. Pero maniobró con habilidad, haciendo retroceder a los caballos, y pronto salió del atolladero.

Nadie se había cruzado con él en el sendero. Iba envuelto en un silencio que solo quebrantaban el chirriar de la carreta, los cascos de los caballos, los ruidosos silbos de la arboleda y los chillidos de los ratones que las lechuzas capturaban en el sotobosque. La luna llena estaba aún muy alta en el cielo.

Entonces desobedeció la consigna de Kelemen. Con una intención muy determinada se apartó del rumbo

